

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 407

25 CTS.



Del odio
al amor

POR

Clive Brook
y
Jacqueline
Logan

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN | Pasaje de la Paz, 10 bis
ADMINISTRACIÓN | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 407

Del odio al amor

Comedia dramática

Interpretada por
JACQUELINE LOGAN, CLIVE BROOK
y WALTER MAC GRAIL



Producción PRO-DIS-CO

EXCLUSIVA DE

Julio - César, S. A.

Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
JOSEPHINE DUNN

Del odio al amor

Argumento de la película

Por la mañana.

En la populosa ciudad de Nueva York se abren las colmenas de la labor cotidiana.

Como las abejas al panal, la gente trabajadora acude a sus respectivos talleres, almacenes o despachos, para aportar su grano de miel al gran edificio social.

En un misérísmo cuarto se viste una mujer... Es bella, joven, limpia, un verdadero encanto.

Como detalle de su pureza basta con decir que sus pies, breves y bien moldeados, parecen recién salidos del baño a todas horas.

Es un manojo de frescos claveles recién acariciados por el rocío.

Lentamente — pues acaba de levantarse

del lecho, que parece entristercer al separarse de él aquel lindo cuerpo de Eva—la mujer enfunda sus albas piernas, hasta Dios sabe qué recatados lugares, en sedosa media clara. Luego, cambiada su inmaculada camisa de dormir por la deliciosa combinación de moda, se dirige hacia el lavabo y somete su cuello, sus orejas, su rostro y sus brazos, hasta más allá de los hombros, a tonificante ablución.

Por su gusto, la adorable fémina se bañaría en agua de rosas todos los días, pero su situación pecuniaria no le permite tal lujo, que lujo es en los no afortunados tener cuarto de baño en su casa. Pero, contrariamente a lo que hace la mayoría, todos los sábados la gentil muchacha reserva una parte de su semanal para dedicarlo por entero a su cuerpo, exteriormente hablando, sin perjuicio, naturalmente, de cuidarlo, parcialmente, cada mañana.

Una mujer así vale una fortuna, y ella, llamada Norma, era digna de ella, aunque no la tuviera, ni mucho menos.

Una vez vestida, se dispuso a salir a la calle, desayunándose rápidamente con café con leche y pan tostado con mantequilla.

Norma sería feliz, en medio de su mediocridad monetaria, si no tuviera en su vida el martirio de compartir su hogar con un viejo pariente, un tío, dominado por el repugnante vicio del alcohol.

En efecto, el único ser que le quedaba de su familia era un empedernido adorador de Baco, ese dios que ofrece el olvido a

cambio de la dignidad de los que se lo reclaman.

Era inútil que Norma porfiase en sus sermones al bebedor para desviarlo de la senda de miseria en que se deslizaba y que le conduciría, más tarde o más temprano, al abismo de la locura.

El ebrio desoía los consejos de su sobrina, cuya tolerancia para con él no podía ser más excesiva, basada en un espíritu de humanidad del que no era merecedor el vicioso, y bebía sin tregua, no sintiendo el menor escrúpulo de vivir a costa de Norma, pues era ya un caso perdido.

Sin embargo, la piadosa joven no desmayaba en su afán de que el alcohólico se entendase, para que la vida les sonriese a los dos; y aquella mañana, como todas las anteriores, antes de salir de su paupérrimo refugio, instalado en la trastienda de una barraca de tiro al blanco, zarandéó en la deshecha cama al borracho, que roncaba de un modo desesperante, hundido bajo el peso del violento desgaste físico, y cuando vió que abría los ojos, le ofreció una taza de café con leche; mas, a continuación, le increpó, furiosa:

—¡Otra vez me ha robado mi dinero! ¡Devuélvamelo en seguida!

Era cierto. Norma acababa de comprobar que en su bolso de mano no había los billetes que había cobrado la antevíspera en el despacho y que era su sueldo de la semana.

El beodo negó haberse apoderado de aquel dinero; pero Norma, que conocía el

procedimiento de hacer cantar de plano al viejo, le amenazó con denunciarle a la policía, para que lo castigasen de una vez como se merecía; y ante tan contundente razón, el culpable restituyó, complaciéndose el diablo ante las blasfemias que lanzó su lengua de vibora, lo robado.

Menos mal. El dinero estaba intacto. El borracho se lo había quitado a Norma durante la noche, aprovechándose del sueño de ella.

Poco después, sin poder reprimir un gesto de desprecio hacia el beodo, que reintegróse a sus infernales ronquidos, la suave muchacha abandonó el maloliente retiro.

En la barraca de feria hallábase el dueño, un joven de su misma edad, aproximadamente, barriéndola.

Al saludar a Norma, no pudo menos de decirle, levendo en su semblante que acababa de disgustarse de nuevo con su parente:

—¿Cuándo va usted a echar a ese hombre de su lado? Esa madriguera no es casa para usted...

Y la miraba con unción, diciéndose que si él se atreviese le hablaría de un dulce sentimiento que ella había hecho nacer en su corazón. ¡Pero era tan poca cosa para ella!

Norma le hizo el supremo regalo de una sonrisa, que estremeció al mozo en sus más recónditas fibras, y contestóle, asiéndose a la esperanza:

—Mi patrón me lleva en su auto al des-

pacho todas las mañanas, Felipe... Quizá no tarde en tener mi casa propia.

Y se alejó con paso ligero, cual una paloma, sin sospechar que en su vuelo se llevaba prendida la más cara ilusión del modesto adorador.

Se detuvo en el extremo de una calle céntrica, y, poco después, deteníase a sus pies un lujoso automóvil que guiaba un hombre de unos treinta y cinco años, que la sonrió afectuosamente.

Era Arturo Childers, diamantero y jefe de Norma.

El motivo de recoger a la joven todas las mañanas no era otro que resolver el problema de que su secretaria llegase a la misma hora que él, cuya puntualidad no podía ser más cronométrica, al despacho.

Norma saludó a su jefe, poniendo en su sonrisa más intención que él en su saludo, y acomodóse en el coche.

Algunos minutos después apeábanse jefe y secretaria ante el edificio donde estaba situado el despacho del diamantero.

Subieron al piso, y al disponerse a entrar, Norma dijo a Arturo:

—Apuesto algo a que nuestro cliente africano está aquí ya... esperándome para convidarme a comer, como lo hace todos estos últimos días.

Y Norma empujó la puerta, y apenas en el despacho, vió confirmada su suposición.

En efecto, allí estaba, en espera, desde hacia media hora, el cliente africano, como ella le llamaba.

Este, Ricardo Bream, era buscador de diamantes en África... y de aventuras amorosas en Nueva York.

No se trataba de un conquistador profesional, de un hombre que se trasladaba desde las arideces del suelo africano a la gran metrópoli estadouniense para gastarse alegramente, con agradables mujeres, la fortuna que amasaba con su negocio de buscador de piedras preciosas; no, no era eso, sino únicamente un caballero, un perfecto aristócrata que iba en pos de la felicidad, para hermanarla con su riqueza, para conquistar la cual no regateaba su esfuerzo personal.

Pero, en opinión de Norma y de su jefe, Ricardo no era sino un mujeriego de marca mayor, que no se detenía ante el precio de una aventura por el placer de verla realizada.

Y como Ricardo se había fijado tanto en Norma...

Arturo saludó cordialmente a Ricardo, pues le convenía tenerlo contento por trártarse de un buen proveedor de piedras preciosas, cuya venta le producía crecidas comisiones, y le dijo, después de dirigir una mirada de inteligencia a Norma:

—¿No pasa usted, Bream? Siento mucho haberle hecho esperar...

—En seguida estoy con usted.

Y acercándose a Norma, mientras, sonriendo, Arturo entraba en su despacho particular, Ricardo, con suma galantería, le preguntó:

—¿No querrá usted comer conmigo esta

noche, señorita Norma?... Ya sabe que mañana regreso a África.

Ella, sin vacilar, firme en su propósito de dar chasco al conquistador en su anhelo de apuntarse una nueva victoria con ella, le contestó:

—Lo siento, señor Bream, pero tengo otro compromiso. Si lo hubiera sabido antes...

Lo de siempre.

Ricardo iba a insistir, cuando Arturo, asomándose a la puerta de su despacho, le llamó:

—Señor Bream... ¿quiere usted molestar-
se en venir?

—Es verdad... ¡Perdón!

Y Ricardo desapareció detrás de Arturo, quien lo presentó al perito que estaba tasando las piedras entregadas por aquél.

Los tres hombres hablaron de negocios, y después de examinar las valiosas piedras, dijo el perito, que tenía participación en el negocio de Arturo, a Ricardo:

—Puede usted volverse a África con la seguridad de que venderemos todas las piedras que nos envíe. ¡Estas son admirables!

Ricardo sonrió, y, de súbito, lo más discretamente posible, indicó a Arturo y al perito:

—Recuerden ustedes que me han prometido guardar secreto sobre mis hallazgos, hasta que pueda explotar mi yacimiento en mejores condiciones.

Arturo y su socio se interrogaron con la

mirada, y el segundo, comprendiendo el deseo del primero, preguntó a Ricardo:

—¿Entonces nadie más que usted mismo conoce la posición de su mina?

—Nadie... excepto mi encargado, al que he dejado al cuidado de todo.

Arturo, que había estado dando vueltas en su cerebro a una idea que le parecía harto ventajosa para él, dijo al afortunado buscador de diamantes:

—¿Y nunca ha pensado usted en tener un socio?

—Tengo el mejor socio que hoy se puede encontrar: una buena cuenta corriente en el Banco.

—En este caso...

No se habló más del asunto; y al salir del despacho privado de los corredores de piedras preciosas, Ricardo fué nuevamente al encuentro de Norma, que estaba escribiendo a máquina, y, con súplica en la voz, le dijo:

—¿No podría usted faltar por mí al compromiso de esta noche?... Me proporcionaría una gran alegría...

Hizo la petición de tal manera, que Norma, halagada en su vanidad de mujer, no pudo negarse a complacerle; y repuso:

—No quiero privarle entonces de esa alegría; haré todo lo posible por complacerle.

—¡Gracias, señorita Norma!

Y Ricardo abandonó el despacho contento como un colegial que acaba de obtener el sí de su primera novia.

* * *

—Haga el favor de venir a tomar al dictado unas cartas, Norma.

—Al momento, señor Childers.

Pero no era para dictarle cartas por lo que Arturo había llamado a su secretaria, sino para hablarle de Ricardo.

Cuando tuvo a Norma a su lado, y mientras ésta se disponía a cumplir con su obligación de taquimecanógrafa, le dijo, apartando su cuaderno de signos:

—Me parece que ese Bream está medio loco por usted...

Norma envolvió en cariñosas miradas a su jefe, y repuso, tímidamente:

—Es posible... pero yo...

—¿Ama usted a otro, Norma?

—Es posible también... pero como soy tan poca cosa para él...

—Una mujercita como usted no debe considerarse poca cosa, aunque el hombre que usted ama sea el propio príncipe de Gales...

—¿Cree usted?

—Naturalmente! Una mujer no vale por su dinero, sino por sus propios encantos.

—¿Piensa usted lo que dice, señor Childers?

—Téngalo usted por seguro. Yo no hablo por hablar.

—Pues... estoy muy contenta de saberlo...

—Lo celebro, Norma... Y... ¿puede saber-

se quién es ese extraordinario ser que le ha robado el corazón?

La adorable muchacha hizo un delicioso mohín con los labios, como si le costase sujetarlos para que no hicieran la tontería de declararse a Arturo; pero como el lenguaje de los ojos es tan poderoso como el de las palabras, el jefe comprendió perfectamente que el hombre que había logrado despertar el amor en la secretaria era él, él mismo.

Y como la ocasión la pintan calva, Arturo abrazó a Norma y del abrazo pasó a besarla en la boca, besándole ella a su vez, encantada del final de la conversación sobre el tema del amor, provocada por vez primera por su jefe.

El noviazgo era un hecho, a juzgar por la alegría de Norma; y se lo confirmó la siguiente pregunta de Arturo:

—Norma, ¿le gustaría a usted lucir un anillo con un gran diamante?

—¡Oh, Arturo!

—Puede usted ganárselo... yendo a comer esta noche con Bream.

—¿Qué decía aquel hombre?

—¿Cómo era posible que, si la amaba, como se lo había dado a entender, le aconsejara que fuese a cenar con otro hombre, con un conquistador como Bream?

Bien estaba que ella aceptase ir por su propia voluntad, no atándola su callado amor a ningún hombre; pero ahora que había confesado que amaba a Arturo, pare-

ciale una proposición indigna la que le hacía éste.

Su alegría desapareció bruscamente, al contacto con la fría realidad. No. Arturo no la amaba. Era imposible que la amase.

No se entretuvo en meditaciones que no la habrían conducido sino a la evidencia de sus sospechas, y dijo a su jefe, cerrándole su alma para siempre:

—¿Es eso todo lo que quiere usted de mí?

—¿Qué quiere usted decir, Norma? No la comprendo...

—Es gracioso!

—El qué, Norma?

—He sido tan imbécil, que me había hecho la ilusión de creer que pensaba usted casarse conmigo.

Arturo se echó a reír como un idiota, y cuando pudo hablar, pronunció, como la cosa más natural del mundo:

—Usted me juzga muy mal, Norma!... ¡Yo no soy de la clase de hombres que se casan!

—Perfectamente! ¡Y lamento que haya usted creído que yo soy de la clase de mujeres que aman... porque sí!

—No sea usted niña, y reflexione... Una pequeña información sobre Bream le puede valer millones.

—Los millones, para usted!

—Para mí solo, no; para nosotros dos, Norma.

—Basta! ¡Este momento me ha bastado

para conocerle a fondo! ¡No le quiero a usted ni con todos los millones del mundo!

—¿Qué va usted a hacer?

—¡Ya lo ve usted: marcharme!

—¡Oh! Esto es para morirse de risa.

—¡No tiene usted alma!

—No sea usted chiquilla. No se desprecia así como así la riqueza, cuando ésta se nos ofrece para que la cojamos sin mucho esfuerzo.

—¡No quiero escucharle más!

Y apoderándose de su sombrero y de su bolso del ropero, salió del despacho, dispuesta a no volver a pisarlo jamás.

* * *

Norma volvió al hogar... pero éste era tan misero, tan repelente, que cegó.

—Sí! ¡Sí! Debía apartarse lo antes posible de aquella pobreza que se respiraba en el insalubre retiro, donde la mano femenina no se veía, por revolverlo todo la del hombre, la del impenitente borracho.

—Por qué no secundar a Arturo en su plan de inquirir el secreto que le interesaba conocer de Ricardo?

Su conciencia le decía que no tenía derecho a obrar mal con quien se había portado tan correctamente con ella, para favorecer al que le había inferido la humillación de no aceptar su amor como capaz de ir por él al altar, sino considerándole caprichoso, de puro pasatiempo.

Sin embargo, no dejaba de reconocer que la ruda franqueza de Arturo le aseguraba que no debía temer nada de su parte, pues no estaba enamorado de ella.

Por lo tanto, limitóse a pensar que ayudando a Arturo lograría ganarse una buena comisión por los servicios que le prestase, y como, por otra parte, Ricardo no le interesaba lo más mínimo, resolvió apartar de sí los reproches de su conciencia y aceptar la complicidad que le pidiera su ex jefe... siempre y cuando no tuviera que ceder a ciertas... concesiones.

Y llamó por teléfono a Arturo.

—¡Ha ganado usted, señor Childers!... ¡Haré lo que usted me pida!... ¡No puedo vivir más en este infierno!

Arturo volvió a dar cuerda a su risa, que parecía una enfermedad en él.

—Así me gustan las mujercitas—contestó a Norma—. Y no tema que le pida gran cosa... Se trata únicamente de obtener la situación de la mina de Bream.

—Está bien... Ya veré cómo me ingenio yo para arrancársela al africano.

Y aquella noche, Norma complació a Ricardo yendo a cenar con él.

Lo hicieron en un buen restaurante, de éste pasaron al teatro, y después, al cabaret, el más selecto de la ciudad.

Ricardo rodeaba de atenciones a Norma, quien, aunque le pesara, iba reconociendo que el africano era una excelente persona, un hombre de mundo admirable...

Bailaron, y durante el intervalo de una danza a otra, el buscador de joyas dijo a su invitada, a cuyo lado se sentía el hombre más dichoso de la creación:

—Créame usted... África no es una tierra de salvajes y caníbales. Hay ciudades donde se vive tan bien como aquí.

Norma sonrió y, dando albergue en su pecho a una leve esperanza, comentó:

—¿De modo que usted quiere convenirse a toda costa de que África es un paraíso?... Y eso, ¿por qué?

Ricardo miróla con ternura y añadió:

—Porque pienso llevarla conmigo mañana.

—¡Cómo!... ¿Qué está usted diciendo? ¿Es así cómo tratan todos los asuntos en África?...

—Quizá no me ha comprendido usted bien... Quiero decir, como mi esposa.

La leve esperanza se ensanchaba. ¿No se burlaba de ella aquel hombre?

—Demasiada velocidad... Si apenas me conoce usted... — contestó, incrédula.

Pero él insistió cariñosamente en su deseo.

—A mí me parece conocerla mejor que usted misma.

—¿Qué iba a contestarle Norma?

La verdad, aquella proposición era tan inesperada, y su misión cerca de Ricardo era tan distinta de acceder a su petición de mano...

Unos caballeros se acercaron a la mesa

de Ricardo, y uno de ellos, que le conocía, lo presentó a otro, de esta suerte:

—El señor Bream es uno de esos fabulosos Reyes del Diamante...

—¡Oh! No tanto, señores, no tanto...

Norma oyó tales palabras, y entregándose a íntimas reflexiones, puso personalmente sobre la mesa el asunto de boda, interrumpido por la llegada de aquellos caballeros, que ya se habían alejado hacia su mesa.

—¿Hablabas usted seriamente al hacerme su proposición de matrimonio? — preguntó a Ricardo, un tanto indiferente.

—Con mi corazón en la mano, Norma... Está intacto y se lo ofrezco a usted.

—Me parece una locura... pero si usted está dispuesto a darme su nombre, yo lo estoy también a ser su esposa.

—¿De veras?

Y era tan intensa la alegría de Ricardo, que no pudo contener el impulso de atraer hacia sí a Norma y besarla apasionadamente en las sonrosadas mejillas.

Y el matrimonio fué concertado para antes de embarcar hacia África, o sea, para la tarde del día siguiente.

Al nuevo día, por la mañana, Norma se presentó en el despacho donde prestara sus servicios hasta la víspera como secretaria de Arturo Childers.

Este la hizo pasar inmediatamente a su despacho privado, y una vez a solas con su ex jefe, Norma le mostró el maravilloso

anillo de compromiso que fulguraba en su mano.

—Veo, Norma, que ha trabajado bien... para usted. ¿Y para mí? — preguntó Arturo.

—¡Absolutamente nada!



—¿Hablabas usted seriamente al hacerme su petición de mano?

—¿Por qué? ¿Me guarda usted rencor por lo de ayer?

—No, no es eso... Yo no doy importancia a lo que no la tiene... Lo verdaderamente interesante es que esta tarde seré la esposa de Ricardo Bream.

Arturo se echó a reír, como acostumbraba.

ba hacerlo; pero su risa duró largo rato, como demostración de que la noticia que acababa de darle Norma tenía muchísima gracia.

La ex secretaria le miraba con furor, y cuando Arturo calmóse en su crisis de idiolez, le dijo:

—Ahora que la risa le permite escuchar, me despido de usted... para siempre.

—Pero, Norma...

Ricardo acababa de llegar a la oficina de los corredores. La otra taquimecanógrafa, que era la antítesis de Norma, con la que fué muy buena compañera, a pesar de la insignificancia de aquélla y la belleza de ésta, hizo además de ir a anunciarle al señor Childers; pero el recién llegado la relevó de hacerlo, diciéndole que esperaría que hubiese terminado de hablar con la visita que tenía, ignorando que ésta fuese la mujer que iba a ser aquella tarde su esposa.

Norma, rehuyendo la tentación de Arturo, que se imaginaba que con palabras engañosas podía ganarla para su causa, abrió la puerta del gabinete privado y le dijo, con un pie fuera y el otro en el interior, reconociéndola Ricardo:

—Si un millonario es lo bastante tonto para casarse conmigo, ¿por qué no he de ser yo lo bastante lista para sujetarle?

—Pero usted me quiere a mí, Norma...

—¡No diga usted tonterías! El amor es una palabra sin sentido... Lo que sé, es que

toda mi vida he viajado en tercera clase y ahora voy a viajar en primera.

Ricardo escuchaba sin osar respirar, para no revelar su presencia.

—Es usted más inteligente de lo que yo creía—opinó Arturo, tratando aún de sobornarla.

—Yo le doy mi persona... él me da su dinero... Nada tenemos que echarnos en cara.

Estas palabras causaron mucho daño a Ricardo. La materialidad del amor de Norma era tanto más dolorosa cuanto que parecía imposible que pudiera sentir de aquel modo un ángel de beldad.

No quiso que ella supiese que había estado allí, y despidióse de la otra secretaria, que trabajaba como un negro, sin esperanzas amorosas de ninguna clase, suplicándole que indicase al señor Childers que procuraría volver antes de partir... pero con la firme intención de no hacerlo.

Al llegar al cuarto del hotel donde se hospedaba, Ricardo encontró en él a la enviada de una casa de modas con lujosos vestidos encargados para Norma, y entre otra gente a un joyero con valiosas joyas para la amada, pues había querido transformarla, apenas convertida en su esposa, en una reina.

De momento, no comprendió por qué estaban allí aquellos desconocidos.

—Son los regalos que mandó pedir el señor—explicó el criado.

Ricardo entró en su cámara y en ella dijo a su servidor:

—Despídelos... He cambiado de pensamiento... Tú volverás solo a mi casa de Princetown... Mi esposa y yo iremos directamente a la mina...

—Pero...

—... y encárgate de cambiar los billetes para nuestro barco por otros de segunda clase...

—Pero... si el señor me permite una objeción... ¿qué va a pensar la señora?

—Eso es, precisamente, lo que quiero averiguar.

Y aquella tarde, después de la ceremonia nupcial, Ricardo y su esposa embarcaron con rumbo al África.

Norma encaminó sus pasos hacia los camarotes de lujo; pero Ricardo la condujo a una cabina de segunda clase, por lo que, llena de asombro, ella le dijo, al contemplar el camarote en que deberían viajar:

—Una pregunta... ¿Eres tacaño?

—No lo creo, amor mío.

—Entonces, ¿por qué viajamos en segunda clase?

—Aquí se viaja cómodamente. ¿Qué necesidad tenemos del lujo ostentoso de la primera?

—Pero... ¿tú no eres rico?

—Tengo una buen porvenir, eso es todo... pero, para alcanzarlo, es preciso que yo trabaje mucho... y tú también.

Norma no pudo reprimir más su indig-

nación, y repuso, agresiva, creyéndose vilmente engañada:

—¡No, de ningún modo! ¡Si me he casado para continuar trabajando, me vuelvo a tierra ahora mismo!

Y dirigiéndose a la puerta del camarote, abrióla y...



... es preciso que yo trabaje mucho... y tú también.

No pudo moverse: había oído la sirena del barco, anunciando que éste acababa de soltar sus amarras y se alejaba del muelle.

¡Qué gran error había cometido! ¡Qué sería de su vida al lado de un hombre que la obligaría a trabajar para labrarse un por-

venir más o menos lejano y más o menos sonriente!

Para colmo de furor, recibió, como un eco de la tentación, una canastilla de flores y obsequios de Arturo, con una tarjeta de éste, que decía así:

Que toda su vida sea tan feliz como el día de su boda.

Arturo Childers.

¡Cómo odiaba Norma a Ricardo!

Dejándose llevar de su cólera, dió un fuerte puntapié al cesto, mandándolo a rodar a varios metros, y de buena gana hubiese hecho lo mismo con su marido.

El trató de calmarla, apelando a las más persuasivas frases; pero Norma lo apartó de sí, diciéndole, señalándole un diván junto a la puerta y frente a las dos literas:

—¡Usted, allí... y yo aquí!

—Pero, amor mío...

—¡Nada! ¡Y espero que en todo el viaje no me dirigirá usted la palabra!

¡Qué enorme sacrificio representaba para Ricardo el tener que resignarse a interpretar aquella comedia con su esposa, queriéndola tanto!

Y el viaje por mar transcurrió sin que el matrimonio demostrase... que lo era.

Pero el buen amor sabe esperar, y Ricardo seguía fingiendo ser pobre, para conseguir, a fuerza de ternura, que Norma le amase por sí mismo y no por su dinero.

Algunos se preguntarán por qué se ha-

bía casado el buscador de diamantes con Norma, sin que ésta le quisiese, y a éstos hemos de decirles que Ricardo estaba seguro de que su mujer le amaba, a su manera, pero le amaba; de lo contrario, ella no hubiese aceptado unirse a él, simplemen-



—¡Y espero que en todo el viaje no me dirigirá usted la palabra!

te por un cambio de intereses, representados los suyos por su divina persona y los de él por su supuesta fortuna. Indudablemente, algo más la había llevado a él. ¡Un poco de simpatía! Acaso esto tan sólo; pero era bastante. De la simpatía nace el amor.

Ricardo era cada día más atento con su

esposa; pero ésta, que, a medida que se iban adentrando en las selvas africanas veía confirmarse la pobreza de su marido, que para ganar dinero debía soportar un clima como aquel y privarse de las más inocentes diversiones, le odiaba más cada día también.

Llegó a odiarle tanto, tanto, por haberla engañado, haciéndole creer que era poco menos que multimillonario, que le deseó todo el mal posible, y pensando en el interés que tenía Arturo de conocer la situación de su mina de piedras preciosas, le cursó el siguiente radiograma, a escondidas de Ricardo:

Mina Bream, situada noventa millas norte Princetown. Loca desesperación. Venga a buscarme. No se ría.

Norma.

La recepción de esta llamada de su ex secretaria, llenó de júbilo al jefe, quien, viéndose dueño de un terreno inundado de valiosas gemas, emprendió sin la menor dilación el viaje.

Llegados a destino, una casa de madera en pleno bosque, incomunicada con el resto del mundo, Ricardo, fingiendo no darse cuenta de la ira de su esposa, dijo a ésta, después de llamar inútilmente para que los habitantes de aquella vivienda saliesen a recibirlas:

—No me explico cómo no hay nadie por aquí...

—¡Yo sí que me lo explico!—repuso ella, creyendo que Ricardo no tenía ningún empleado, por no poder pagarla.

En aquel momento, vieron llegar hacia ellos, con precipitación y espanto reflejado en su semblante, a un negro, quien dijo a Ricardo:

—Ha venido león... capataz muerto... todo el mundo se ha escapado...

¿Qué decía aquel hombre? Norma no le entendía, y Ricardo le explicó lo que ocurría:

—Dice que mi capataz ha sido devorado por un león... Aquí, esto no es extraño... ésta es tierra de leones.

—¿Esto más? ¡Qué tortura, Señor!

Penetraron en la casa, y su aspecto era tan pobre, que Norma no pudo menos de recordar su choza de Nueva York, para perder de vista a la cual estaba dispuesta a todo.

—¡Verdaderamente, es una encantadora luna de miel! — exclamó, furibunda—. ¡Viaje en cabina de lujo, un "Rolls" en el muelle... y para postre, este delicioso nido de amor!

—Esto estará, sin duda, más confortable cuando tú lo hayas arreglado un poco.

—¡Oh, nunca!

Ricardo, humilde, enamorado, trató de convencerla:

—No lo tomes así, Norma... Yo no podía

suponer que todo esto estuviese en tal desorden...

—¡Yo no puedo vivir en este sitio!... ¡No puedo! ¡No puedo!

—Ya te acostumbrarás... con un poco de buena voluntad...

—¡Por favor, Ricardo, por favor!... ¡Si me quieres un poco, sácame de aquí!

—Me pides un imposible, querida... No tenemos más remedio que quedarnos por algún tiempo.

—¡Imposible!... ¡Huiré!

—No olvides que nos hemos dado una palabra mutua y que tenemos un mutuo compromiso que cumplir.

—Romperé el compromiso.

—Calma, amor mío... ¡Estamos tan lejos del mundo! En fin... voy a dar un vistazo a la mina. Que esté la comida preparada para cuando vuelva.

—¿Qué?... ¡Cuando vuelva, usted se la preparará, si quiere comer!

Furiosa, encerróse en una habitación.

Ricardo, sin desanimarse, le preparó una bebida caliente, para entonar un poco su organismo después del largo viaje en automóvil, por malos caminos, pero ella rechazó abrir la puerta.

En aquellos momentos, Norma oyó los inconfundibles rugidos de un león y, presa de pánico, abrió la puerta, para ampararse en su marido; pero al verle, el odio, el orgullo pudo más, y volvió a encerrarse en la habitación.

Ricardo salió de la cabaña, dejando esta nota para Norma:

Amor mío: Estoy en la mina. Si me necesitas, dispara tres tiros.

Una hora después, ella leyó aquella carta, y apoderándose del fusil que su marido le dejara junto a la misma, trazó al pie del escrito estas palabras:

Ricardo:

Antes que disparar los tres tiros, prefiero volver a mi chamizo de otros tiempos.

Norma.

Y hubiese cometido la tontería de huir; pero Ricardo la sorprendió, impidiéndoselo, diciéndole, pagándole con besos, que ella no pudo rechazar, su indiferencia, su odio:

—Vuelve a casa y quédate allí. Una mujer no puede andar sola por estas tierras.

El tiempo es un gran bálsamo.

Ricardo observaba a su esposa y veía operarse en ella, paulatinamente, un cambio favorable.

Pero como una mujer es terrible cuando se cree humillada y tiene excesivo orgullo para declararse vencida, el esposo no veía llegar el anhelado momento de la reconciliación.

Seguiría esperando, aunque cada día podía reprimir con menos facilidad sus impul-

sos amorosos, consecuencia natural del gran amor que sentía por ella.

Y he aquí que un buen día, al final de una nueva disputa entre los esposos, Norma vió llegar, como nuncio de liberación, a Arturo, acompañado de otro hombre, un



... el odio, el orgullo pudo más...

habitante de aquella región, tipo repulsivo a todas luces.

—¡Childers aquí! ¿Cómo pudo averiguar dónde estaba la mina? —dijo Ricardo a su mujer, perplejo.

Y Norma, satisfecha de poder vengarse del hombre odiado, contestó:

—Yo le puse un radiograma, porque de-

seaba que se operase un pequeño cambio en mi vida, y no precisamente el que tú querías... ¿Crees que el dar sorpresas te está sólo reservado a ti?

Norma salió al encuentro de Arturo y le confirmó su desesperación, y éste no vaciló en entrar a la cabaña, y dijo a Ricardo:

—Voy a ser sincero con usted, Bream... Acabo de comprar una mina próxima a la suya...

—No está mal... Es usted tan buen amigo mío...

El acompañante de Arturo, capataz de su mina, contemplaba a Norma con ojos lujuriosos, y viendo una botella de licor se hizo de ella sin pedir permiso.

Ricardo, tratando hostilmente a los dos hombres, preguntó a Arturo:

—¿Y es eso todo lo que ha venido usted a decirme?

—No. Voy a ser sincero con usted una vez más: vengo, porque Norma me llamó.

Y le mostró el radiograma que recibiera de la esposa.

—Comprendo. Es usted tan caballero, que viene a llevarse a mi mujer; ¿no es eso?

—En efecto...

—Pues, siento desbaratarle sus planes... pero mi mujer se queda aquí.

Arturo no era valiente, ni cosa que se le pareciera; y desistió de complacer a Norma. Su viaje al África no obedecía a otra cosa interesante que a la ambición de explotar

un filón de diamantes inmediato al de Ricardo.

Pero el capataz, que codiciaba para sí a Norma, irresistiblemente tentadora, se encargó de llevarle la contraria a Ricardo, y como éste tratase de expulsarlo de la cabaña, el bruto le pegó un fuerte golpe en la cabeza con la culata de su revólver, poniéndole fuera de combate y atándolo a una silla, sin atender a las súplicas de prudencia de Arturo.

Norma, cegada por el odio, preparóse para seguir a su salvador, sin sospechar que iba hacia el peor de los infiernos; pero antes de abandonar la cabaña, detúvose a lavar la sangre de la herida de la frente de Ricardo, y éste, que había vuelto en sí, murmuró, lleno de amor:

—Por lo que veo, no quieres marcharte sin que tenga que agradecerte algo...

Estas palabras hicieron vacilar a Norma; pero era tan fuerte su odio...

En tanto, Arturo, reconociendo que lo que se proponía su capataz era una salvajada, trató de llamarlo al orden, y como quisiera que el bruto prefería a Norma a todo lo demás, y le maltrató, Arturo se vió en el apurado trance de defenderse y le disparó dos tiros a quemarropa, matándole.

Norma llegó al pie del auto un poco después, y cuando Arturo iba a sermonearla, de acuerdo con su conciencia, ella horrorizóse al oír los rugidos de un león que andaba cerca.

Y su espanto fué indescriptible al ver que la fiera se hallaba junto a la cabaña en cuyo interior estaba Ricardo atado a un sillón.

Arturo subió al coche, para ponerse presto fuera del alcance del león, y suplicaba a Norma que subiese en seguida, para huir



Y pasada la pesadilla...

con él; pero entonces se operó un brusco cambio en ella.

—¡Déjeme usted! ¡He sido una loca! ¡Mi sitio está al lado de mi marido!... ¡Y ahora más que nunca!

Y, con inconcebible valor, acercóse a la cabaña, y a distancia, cuando el rey de la selva iba a dar alcance a su presa, disparó

el fusil que se llevó del coche, tumbando a la fiera.

Luego desató a Ricardo y cayó a sus pies, sollozando. Y él, amoroso, como siempre, después de haber visto la muerte a dos pasos, rumoreóle, acariciándola:

—¿Por qué has vuelto?

—No lo sé...

—Yo sí lo sé, Norma... Has vuelto... porque mequieres.

Y pasada la pesadilla, Norma conoció el esplendor de la casa de Ricardo en Princeton, y supo del amor sin límite de su marido, al que correspondió con insospechada pasión.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 Madrid: Caños, 1

EB